

Tu tierra historia de dolor me cuente
Con triste voz y con doliente arrullo;
Mas el alma á tu vista se conmueve,
Cual hoja que remueve
El aquilón sobre flexible rama,
Y tus misterios ama,
Y á su sér los reduce,
Y del terreno lazo se despoja,
Y con gemidos íntimos traduce
Del Hombre-Dios la funeral congoja.

¿MORIRÁ?

—LEYENDA—

I

Ashavero estaba sentado á la puerta de su casa, en la calle de la Amargura, bajo la parra que empezaba á retoñar. El judío aborrecía á Jesús, y esperaba verle pasar con la cruz á cuestas, para mofarse de él.

Llegaba á los oídos de Ashavero un rumor sordo, en el que se clavaban las notas discordantes de los clarines y tambores. La fúnebre comitiva rompía la marcha.

Aquella no tardó en acercarse. Entre soldados que se burlaban de él y verdugos que le maltrataban á cada paso, Ashavero vió á Jesús, doblado bajo el peso de la cruz, coronado de espinas, cubierta la faz de sangre, sudor y polvo y desgarrada la túnica y ensangrentada también. Detrás de aquel cortejo venían algunas mujeres que lloraban por el hijo del hombre.

Algunos fariseos se asomaban á las ventanas de sus casas para ver pasar al Justo y le maldecían en voz baja.

Jesús, ya frente á la casa de Ashavero, miró á los poyos de la puerta y se dirigió á ellos para descansar un instante. Los soldados se detuvieron.

El judío cerró el paso al Justo, y le dijo con acento de odio profundo, señalándole el camino del Calvario.

—¡Anda! ¡Anda!

—Anda tú—respondió el Martir con una voz tan suave como solemne, que hizo temblar al judío.

Y Jesús echó á andar hacia el Calvario y Ashavero en dirección opuesta, como si una fuerza extraña se hubiese apoderado de sus músculos.

El triste cortejo se ocultó en una revuelta del camino: el judío siguió bajando por la calle de la Amargura.

Estaba desfigurado. De sus ojillos verdes salía una luz gris como el reflejo de una arma medio oxidada: crugían sus dientes ó se clavaban en los labios, y el semblante se le contraía nerviosamente haciendo una mueca del infierno, especie de sonrisa del dolor que es vencido por la impenitencia.

Cruzó calles y plazas llamando la atención del público. Algunos le preguntaban dónde iba, y él no contestaba, y seguía golpeando la tierra con sus pies que parecían mazos.

—¿Qué tendrá Ashavero? ¿Dónde irá?—se preguntaban todos.

El miserable salió de la ciudad, pasó un torrente y se metió por una estrecha cañada.

II

El sol había saltado la línea del meridiano y suspendido sobre las cumbres de las montañas de color de ceniza, que cerraban una pequeña llanura, flameaba templando el ambiente. Iban á ser las tres de la tarde.

La llanura estaba desierta é inculta. En el suelo de arena rojiza, crecían algunas matas de aloes, nopales sicómoros y cambronerías. La palmera, esa hermosa hija del desierto, no crecía allí. Ningún arroyo fecundaba aquel terreno, ningún ave hacía el nido en los matorrales.

De vez en cuando oíase algún grito salvaje y algunas sombras como de girones de nubes, pasaban pegadas á la arena rojiza, cambiando de perfil á cada instante. Era la sombra de las águilas que paseaban por el llano su escrutadora mirada buscando alguna presa.

Un hombre entró en el valle estéril. Era Ashavero, el judío errante, que venía de Jerusalem, andando contra su voluntad sin saber donde iba.

Cuando llegó al medio del valle el sol se os-

cureció de súbito y el cielo se puso negro. Un trueno pavoroso que desató sobre la tierra un haz de centellas, y fuertes terremotos dieron comienzo á aquella noche del infierno.

Ashavero quedó inmóvil de espanto. El sol era una mancha de sangre muy opaca, el espacio un lago de luz cárdena y tinieblas negras, la tierra un desorden indescriptible, la reversión al caos. El viento silbaba como una legión de serpientes voladoras, la arena se levantaba hasta mezclarse con las nubes; las cambronerías se crispaban; los nopales, aloes y sicómoros se tambaleaban y aventaban sus hojas; braceaban como el naufrago que va á ahogarse, como el ébrio que pierde el equilibrio y busca algo de que asirse; el suelo se agrietaba, derrumbábanse las montañas y de sus crestas truncadas salían columnas de fuego y humo; y los truenos seguían retumbando, y en la estela rojiza que las centellas dejaban en el aire aparecían visiones horribles, sierpes y monstruos salidos del infierno.

Ashavero quiso cerrar los ojos para no ver tantos horrores, y no pudo. Sentía que le tiraban de los párpados, que le desgarraban las pupilas para que las retinas se hartaran de fuego y humo, de arena y aire. Quiso avanzar, y ante él se levantó una ola de arena, cerrándole el paso; quiso retroceder, y se levantó otra ola cortándole la retirada. Sudaba, se estremecía, agonizaba de terror.

Entonces con voz temblorosa y lúgubre como la vibración de una campana que doblaba á muerto, murmuró:—¿Morirá él?

Tras de muchos esfuerzos consiguió saltar las olas de arena que amenazaban enterrarle, y con el paso forzado y vacilante, volvió á andar.

Y su figura se desvaneció entre las nubes de arena y las tinieblas que llenaban el valle.

A. F. C.

¡Stabat Mater!

I

¡Pobre Madrel Esta llorando
al pié del santo madero;
el pueblo murmura fiero,
por la montaña girando,
y la luz muere en la sombra,
y el nublado se agiganta,
y la creación llora y canta
con voz que aturde y asombra.

¡Pobre Madrel... Ante los sonos
de sus dolientes afanes,
alzan truenos y volcanes
sus más terribles canciones.

Y el ángel llora... y se arredra,
rugen los mares inquietos,
y se alzan los esqueletos
sobre sus tumbas de piedra.

¡Porque es tan hondo el pesar
de la Madre del amor,
que llora el mismo dolor
al contemplarla llorar!...

II

Ella vió al Hijo nacer
su esperanza realizando;
ella le durmió cantando
las endechas del placer.

Ella, con ansia divina,
dejó sus placidos lares;
cruzó de Judá los mares,
las cumbres de Palestina.

Y siempre del Hijo en pos
le siguió amante y serena,
como sigue el alma buena
la sombra santa de Dios...

Hoy... ¡pobre Madrel!... lo mira
sobre el Gólgota sangriento,
suspiros lanzando al viento
que en torno del árbol gira.

Lo mira triste, llorando
por el pueblo su asesino;
oye su acento divino
¡perdón!... ¡perdón!... murmurando.

Ve sus sienas desgarradas
por las espinas crueles;
ve marcados los cordeles
en sus manos venerandas.

Y si oye de su ansia en pos,
del pueblo el acento fijo,
¡ve... que le matan al Hijo
por el crimen de ser Dios!

III

Pura mística azucena
del desierto de la vida;
lámpara siempre encendida
para templar nuestra pena:

Celeste y eterno lirio
por los ángeles cuidado;
puro clavel perfumado
con la esencia del martirio!...

Yo vengo, Madre, á besar
las estrellas de tu manto;
vengo á regar con mi llanto
los mármoles del altar:

Yo padezco á tu dolor;
lloro al mirar tu agonía;
yo tengo por tí, María,
rico manantial de amor.

Del relámpago á la luz
que la tormenta anunciaba,
yo ví á Dios que vacilaba
bajo el peso de la cruz.

Lo ví triste ante el desdén
del pueblo vil y asesino;
lo ví con llanto divino
llorar por Jerusalén.

Ví su cabeza sangrienta
tocar en la dura roca;
ví un insulto en cada boca,
y en cada grupo una afrenta.

Y al verte á su lado ir,
dije con llanto de amor:
—¡Pobre madre del dolor,
cuanto deberá sufrir!...

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

A CRISTO EN LA CRUZ

A la asombrada tierra en anchas gotas
llega la sangre que á su bien destinás,
y humilde en ese leño te reclinás.
Tú, que la tempestad riges y azotas.

Las nobles palmas por los clavos rotas,
coronado de bárbaras espinas,
la frente ilustre ante tu hechura inclinas,
y en tu propia bondad tu acero embotas.

¡Perdon, mi Dios! y templa tus enojos
viendo á los hombres que en su imbécil saña
sobre tu sien pusieron los abrojos
y entre tus manos la irrisoria caña,
levantan hoy los espantados ojos
con torpe miedo al contemplar su hazaña.

DIVINO TESTAMENTO

Hace diez y nueve siglos que el mundo se sentía agobiado por la inmensa desgracia del paganismo.

Como atmósfera de plomo un manto de tinieblas gravitaba sobre la inteligencia de la humanidad y los horrores de una moral depravada la habían embrutecido.

Aleandría con el dominio de su comercio, Atenas con el brillo de sus filósofos, Esparta con la sobriedad de sus costumbres, Roma con la fama de sus oradores, fueron impotentes para dar á aquellos pueblos la felicidad.

Las enseñanzas del Pórtico y de la Academia las oraciones del Senado y del Foro no acertaron á pronunciar la palabra que cual faro de luz alumbrara á aquella generación y á las venideras, y las doctrinas de Platón y la moral de Sócrates, vagas reminiscencias de una tradición corrompida.

La civilización pagana se parecía á un fuego faláz de brillo pálido y momentáneo sin color y sin luz, cuya llama se aleja cuando se dirigen á ella los pasos.

Era preciso salvar aquella civilización que se derrumbaba y vino una fuerza divina y prepoten-